

EL PROYECTO DE H. A. MURENA: LA ESPIRAL INFINITA

Por Diego Poggiese
Universidad Nacional del Sur

RESUMEN

Tras décadas de exclusión del campo de discusión sobre literatura argentina, la obra del escritor Héctor Álvarez Murena parece encontrar en los últimos diez años mejores condiciones de legibilidad. El resultado inmediato de estas modificaciones puede verse en las reediciones recientes de una gran cantidad de sus textos, y en la aparición de numerosos estudios, artículos, ensayos e intervenciones que asumen el riesgo de pensar una producción que a primera vista resulta inclasificable. Irritante, compleja, contradictoria, levemente profética, sostenida en un complejo principio de “contradicción consigo mismo”, su obra se despliega en apuesta que requiere la perspectiva de un proyecto integral que excede los intentos de periodización, las clasificaciones genéricas y las adscripciones y filiaciones ideológicas y políticas. Este trabajo pretende mostrar la importancia que tiene esta consideración para la resolución de lecturas que hagan justicia a los textos de un escritor cuya importancia comienza a ser tímidamente reconocida.

Palabras clave: Murena, Literatura Argentina del siglo XX, Ensayo.

H. A. MURENA'S PROJECT: THE INFINITE SPIRAL

ABSTRACT

After decades of being excluded from the debating field of the Argentine literature, the works written by Héctor Álvarez Murena have seemed to find better conditions for legibility in the last ten years. The immediate result of these changes may be seen in the new reprints of a great deal of his texts and the publishing of many studies, articles, essays and interventions which venture to think about a production which may at first sight seem impossible to classify. Irritating, complex, contradictory, slightly prophetic, supported by a complicated principle of “self-contradiction”, his work is displayed as a bet which requires the perspective of a comprehensive project which goes beyond any attempt to sort it into periods, any genre classification and any ideological and political attachments and affiliations. This work aims at showing the importance of this consideration to the resolution of readings which do justice to the texts of a writer whose significance is starting to be timidly recognized.

Key words: Murena, Argentine literature in the twentieth century, Essay

Diálogo
somos
entre
una corza
oscura
y
el secreto
claro.

Así
el fin
nunca
en el fin
fenece.

H. A. Murena “Naturaleza del fin”
en *El águila que desaparece*

1- PRINCIPIO DE NEGACIÓN

Héctor Álvarez Murena es uno de esos escritores extraños que suele ser leído a partir de sus efectos de lectura. Durante décadas se ha escrito sobre su obra de manera tal que se sobreimprimen a sus textos las lecturas que generan, formando un *continuum* singular. Sin embargo, no hay notas demasiado fuertes en ese sentido: no es tan revulsivo como para generar un bloque de impugnaciones y repudios, no es tan potente como para marcar una línea de pensamiento. De todos modos, casi silenciosamente, su palabra ha trazado una marca indeleble en la tradición ensayística nacional, participando de algunos hitos fundamentales en la contemporaneidad de su publicación, y trascendiendo las limitaciones que establecen las *agendas* obligadas de discusión, los protocolos de lectura y los dictámenes ideológico-políticos de la hora. Excéntrico en el centro, Murena participa activamente de las revistas *Sur* y *Cuadernos* durante dos décadas. Al mismo tiempo, y a partir de sus primeros ensayos, resulta un antecedente fundamental de *Contorno*¹. Sin embargo resulta difícil alinearlos, a través de sus textos, ni *en* ni *contra* las líneas editoriales de ninguna de las revistas. La misma observación puede extenderse las relaciones entre sus libros de ensayos y lo que se plantea y discute en la época, o entre sus novelas y la novelística que le es contemporánea², o entre las traducciones que edita y los saberes que se importan en esos tiempos. Está *antes* o *después*, entre la preocupación por el *origen* y la *profecía*, con una marcada vocación por *ser difícil de soportar*. Incómodo, inclasificable, siempre demasiado lejos como para pertenecer, siempre un interlocutor demasiado interesante como para despreciar, su obra cosechó algunos elogios moderados y algunos anatemas no siempre sostenidos con argumentos valederos. Podemos decir que consiguió trascender de una manera que Savino resume en una sentencia acertada: “no lo citan, pero tampoco lo olvidan”. No es incongruente con la *obra* de Murena este principio de negación que domina un conjunto de aserciones extendido sobre ella. *No ser* definitivamente parte de una facción o línea de pensamiento para *ser* el *hombre de letras necesariamente subversivo* (aún a riesgo de³ no ser incomprendido, señalado o maldito, por todos a la vez) es el núcleo de sus planteos en cada intervención desde los primeros ensayos, en revistas, hasta sus novelas; desde sus libros de poesía hasta los diálogos radiales que se publican después de su muerte.

¹ Dirige el único número de *Las Ciento y Una*, publicación en la que participa el núcleo del grupo que después fundará *Contorno*

² Cf ESTRIN, Laura, “Héctor Álvarez Murena”, en VÁZQUEZ, María Celia y PASTORMERLO, Sergio (comps.) *Literatura argentina. Perspectivas de fin de siglo*. Eudeba, Buenos Aires, 2001

³ La novela *Los herederos de la promesa* resulta anacrónica respecto del curso que había tomado la producción de Murena, ya que cierra el ciclo de las novelas sobre el peronismo, pero se prolonga sobre los ensayos de *La subversión necesaria*.

2- RESEÑA

Héctor Álvarez Murena nació en 1923 y murió en 1975. Resulta interesante poner los límites de una vida que, en proporción al despliegue de su obra, parece breve. Murena publicó entre las décadas del 40 y el 70 más de veinte volúmenes. Escribió cuentos, novelas, libros de poemas, libros de ensayos, en un proyecto de escritura que iba buscando una forma más allá de las determinaciones genéricas⁴.

En una periodización apresurada podrían elaborarse dos ciclos en la obra de Murena: uno vinculado con el fenómeno peronista (que se extendería hasta el inicio de los años sesenta), otro que parece orientarse a preocupaciones de orden metafísico en relación con la modernidad occidental. Es una segmentación de orden temático, precaria, pero que permite, al menos, la formación de algunas continuidades textuales que trascienden los géneros. Precisamos: el peronismo es el horizonte contra el que se recortan el cuento “El coronel de caballería”, las novelas de la trilogía “Historia de un día”, la serie “Los penúltimos días”, el ensayo “Notas sobre la crisis argentina”. Es, a su vez, el marco en el que se dan las discusiones sobre el ser nacional que forman el núcleo de los ensayos de *El pecado original de América Latina*. Las cuestiones vinculadas con la modernidad occidental se ven en los ensayos de *Ensayos sobre subversión* y *Homo atomicus*, las novelas de “El sueño de la razón”, los poemas de *F.G.: un bárbaro entre la belleza* y los diálogos con Vogelmann de *El secreto claro*. Señalamos que la clasificación era precaria y notamos rápidamente sus limitaciones: hay textos que no se pueden ubicar muy fácilmente en ninguno de los ciclos, las fechas no coinciden, algunos textos podrían participar de más de un período con la misma pertinencia. Proponemos tres ejemplos. La novela *Los herederos de la promesa* resulta anacrónica respecto del curso que había tomado la producción de Murena, ya que cierra el ciclo de las novelas sobre el peronismo, pero se prolonga sobre los ensayos que piensan la función del hombre de letras en la modernidad tardía de *La subversión necesaria* y *Homo Atomicus*. El ensayo “Sobre la naturaleza del verbo” (1949) anticipa los ensayos de *La metáfora y los sagrado*. Finalmente, la obra de teatro *El juez* prolonga las lecturas críticas de Florencio Sánchez y Mallea que Murena ensaya en *Sur*, pero también desarrolla el primer ensayo de *La metáfora y lo sagrado*, en el que piensa la experiencia de la escucha de un disco del Corán, y con el que preanuncia los diálogos radiales en los que, como dice Sara Gallardo, puede oírse “la respiración de un pensamiento”⁵. Como se desprende de los ejemplos, también tendríamos dificultades similares si intentáramos seguir un criterio genérico. Más difícil aún si quisiéramos seguir los espacios en los que publica, y todavía peor si intentáramos delimitar con precisión las tradiciones y líneas de pensamiento a las que adscribe⁶. De todos modos, las dificultades para establecer un orden entre sus textos no hacen más que alentar la búsqueda de parámetros para una obra que se manifiesta compleja e insistente. Siguiendo el título de sus ciclos de novelas intentaremos iluminar alguna zona de las que recorre con fruición en su búsqueda.

⁴ Presentamos siguiendo este criterio sólo lo que Murena publica como libro:

CUENTO: *Primer testamento*. Buenos Aires, Sudamericana, 1946; *El centro del infierno*. Buenos Aires, Sur, 1956; *El coronel de caballería y otros cuentos*. Buenos Aires, Tiempo Nuevo, 1971. *NOVELA*: (Serie “Historia de un día”); *La fatalidad de los cuerpos*. Buenos Aires, Sur, 1955; *Las leyes de la noche*. Buenos Aires, Sur, 1958; *Los herederos de la promesa*. Buenos Aires, Sur, 1965; (Serie “El sueño de la razón”); *Epitalámica*. Buenos Aires, Sudamericana, 1969; *Polispuercón*. Buenos Aires, Sudamericana, 1970; *Caína muerta*. Buenos Aires, Sudamericana, 1971; *Folisofía*. Caracas, Monte Ávila, 1976 (reedic. , Buenos Aires, Eudeba, 1998). *POESÍA*: *La vida nueva*. Buenos Aires, Sudamericana, 1951; *El círculo de los paraísos*. Buenos Aires, Sudamericana, 1958; *El escándalo y el fuego*. Buenos Aires, Sudamericana, 1959; *Relámpago de la duración*. Buenos Aires, Losada, 1962; *El demonio de la armonía*. Buenos Aires, Sur, 1964; *F.G.: un bárbaro entre la belleza*. Buenos Aires, Tiempo Nuevo, 1972; *El águila que desaparece*. Buenos Aires, Alfa Argentina, 1975. (reedic. Revista *Nombres*, N° 7, Abril – junio, 1996). *ENSAYO*: *El pecado original de América Latina*. Buenos Aires, Sur, 1954 (Reed. Buenos Aires, Sudamericana, 1965); *Homo Atomicus*. Buenos Aires, Sur, 1961; *Ensayos sobre subversión*. Buenos Aires, Sur, 1962; *El nombre secreto*. Caracas, Monte Ávila, 1969; *La cárcel de la mente*. Buenos Aires, Emecé, 1971; *La metáfora y lo sagrado*. Buenos Aires, Tiempo Nuevo, 1973. *TEATRO*: *El juez*. Buenos Aires, Sudamericana, 1953. *DIÁLOGOS*: *El secreto claro (diálogos con V.J.Vogelman)*, Buenos Aires, Fraterna, 1979 (*post-mortem*)

⁵ Cfr., Gallardo, Sara, “Prólogo” en *El secreto claro (diálogos con V.J.Vogelman)*, Buenos Aires, Fraterna, 1979, pp. 7-8.

⁶ La referencia más citada es la que lo vincula con el más temprano traductor al español de Benjamin, Adorno y Horkheimer, aunque pueden construirse con igual pertinencia otras series.

3- “HISTORIA DE UN DÍA”

El título que tomamos prestado de uno de los ciclos de novelas del escritor, es provisorio. “Dos, tres Murenas”⁷ sería una alternativa igualmente válida. Asomarse en el tiempo a distintos momentos de la producción de Murena significa encontrarse con un escritor cuya suerte es dispar. Es decir, la revisión de la crítica que se escribe sobre ella muestra perspectivas tan distantes que haría razonable esa apreciación de dos obras diferentes con los mismos títulos. Hay un Murena que se adscribe al circuito de publicación de sus textos. *Sur*, *la Nación*, en las dos primeras décadas, y *Mundo Nuevo* y *Cuadernos*, desde los '60 en adelante. De ese Murena se dice que es un pesimista telúrico y metafísico cuya intervención no apunta más que a mantener el estado de las cosas. Se lo piensa como un intelectual que agota su voluntad de indagación en un silencio que él entiende subversivo porque corroe las garantías de una palabra autocomplaciente. Y se lo acusa de ser un escritor que reduce al silencio la enunciación de aquello que señala en la raíz de los males argentinos, y al silenciar, traiciona y se hace cómplice. El silencio siempre es partícipe de los que ejercen el poder, y Murena escribe a destiempo, atravesando nada menos que las variaciones en el campo político desde fines de la décadas del cuarenta hasta mediados de los setenta.

A modo de ejemplo recuperamos dos afirmaciones que muestran el tipo de crítica que se formula, en general, de su obra y que son complementarias. La primera de ellas tiene que ver con el éxito de sus primeros ensayos y su posterior caída en desgracia: de Murena, como de Martínez Estrada, que afirma que el escritor es un denunciante que no continúa lo que denuncia, alguien que acierta en el diagnóstico de la realidad, pero falla en la interpretación (metafísica, abstracta, religiosa) que hace de ella. Más crudo, Sebrelí ve en esa seducción inicial una táctica de *entrismo*, destinada a coptar plumas jóvenes⁸. La otra es, en palabras de David Viñas⁹, la que señala que Murena propone desde esa incomunicabilidad radical, un “teatro del silencio” que, desde *Sur* y *La Nación* (con el exponente máximo en Mallea), impide la acción transformadora que se requiere de los intelectuales. La lista de impugnaciones es extensa, los críticos, más o menos numerosos, pero confluyen en alguno de los dos sentidos que trazan estas dos perspectivas. Por incapacidad o decisión, Murena no *quiere* intervenir, tiene con qué, señalan en general estas lecturas, denuncia con cierta precisión, pero se retira a una perspectiva metafísica y anacrónica que carece de significación inmediata. Se trata de un intelectual que voluntariamente se aleja del compromiso con una realidad que lo conmueve y lo reclama. La trascendencia que busca se percibe peor que una ceguera, ya que no ver implicaba una forma de la ignorancia, y esa retirada a la metafísica es una forma de la traición. Analía Capdevila y Nora Avaro señalan la obra de teatro *El juez* de Murena como el punto de ruptura definitiva. En el capítulo “La operación Murena”, las autoras señalan con precisión que la objeción central es la de una recaída en la metafísica de la palabra que desconoce la situación concreta. La incomunicabilidad es el único significado que puede recatarse de un pensamiento que anula toda posibilidad y esfuerzo por comprender y modificar de un modo eficaz la realidad argentina¹⁰. Desde una perspectiva ideológica más definida¹¹, Juan Carlos Portantiero resume estas líneas que señalan el error y la traición en un solo enunciado:

[El grueso de las impugnaciones a Martínez Estrada valen hoy para] Murena, entregado no ya a especulaciones divorciadas de la realidad, sino cercanas a lo más vulgar del pensamiento de las clases dominantes. En el camino hacia el conocimiento de la Argentina “real” Murena se topó con la *élite* que conduce *Sur*. Ahora forma parte de ella (superada aquella escaramuza que significó la aparición efímera de la revista *Las ciento y una*, en 1953) y se dedica a difundir con menos originalidad, es cierto, los argumentos ideológicos de la derecha intelectual. (1957: 34).

⁷ Tomamos prestado el título de LIDA, Raimundo, “Dos o tres Murenas” *La Anunciación* N°1, 1989

⁸ Cfr., Sebrelí, Juan José, “Anotación de 1997” a “*El juez* de H. A. Murena” en *Escritos sobre escritos, ciudades bajo ciudades*, Buenos Aires: Sudamericana, 1997, pp. 94-95.

⁹ “Entrevista a David Viñas” en *El grillo de papel*, número 2, 1960. “Al fin de cuentas, ‘el argentino silencioso’ de Mallea o el ‘teatro del silencio’ de Murena responden a la misma coartada que los ‘silencios decretados’ por los Mitre.”

¹⁰ Avaro, Nora y Capdevila, Analía, *Denuncialistas. Literatura y polémicas en los '50*, Buenos Aires: Santiago Arcos, 2004, pp. 176-186. Presentan allí los textos de algunos de los jóvenes que en un principio habían leído y hasta seguido a Murena y que en ese momento comenzaban a impugnarlo fuertemente.

¹¹ Recordamos que el peronismo supo aglutinar en un mismo espacio opositor voces que diferían ideológicamente entre sí. Portantiero escribe esto desde una posición claramente definida.

Del lado de los que proponen un rescate apologético de la obra, en su mayoría a partir de la muerte del escritor, el silencio se torna destiempo, anacronismo deliberado, incomprensible e insoportable palabra que adelanta la miopía generada por las urgencias del momento. Para equilibrar, trazamos un nuevo arco entre dos referencias. Por un lado, Américo Cristóbal le adjudica valor profético a su palabra, la incomprensión de sus textos se resuelve en el hecho de que su capacidad de anticipación de los problemas excede un horizonte imaginable para sus lectores.

Los jóvenes del setenta no alcanzamos a leerlo. Murena había dicho cosas insoportables que no leímos a su tiempo. Estuvo ostensiblemente fuera del campo de lecturas de esos años. O en todo caso fue leído en una clave esotérico-romántica que lo deformó y lo situó al borde del absurdo. Nada más antirreligioso que el teísmo sin nombre de Murena, nadie más despojado de fórmulas y cultos de idolatría. Si es fácil entender por qué el clima político cultural de los sesenta y setenta le fue hostil, que la generación de *Contorno* lo impugnara y viera en él una polémica inadecuación con el espíritu de la época, es en cambio más extraño, en cierto modo más perturbador, que hacia mediados de la década del ochenta, los dueños de Benjamin en la Argentina, no lo leyeran, no vieran a quien “en más de un sentido - como señala Schmucler - repitió a Benjamin en América Latina” (1999:105)

Por otro lado, Hugo Savino le atribuye la voluntad de indagar el mundo desde un inconformismo que lo lleva a socavar los límites y las garantías de una explicación superficial y tranquilizadora. El anacronismo sería, para Savino, deliberado, y tendría la intención de sustraerse a las garantías del consenso, en todos los sentidos posibles, que hace que el pensamiento repose en la autosatisfacción. Más difícil de citar, su ensayo está atravesado por negaciones dialécticas: en la escritura de Murena se ve la negación de adscribirse a una posición y a la opuesta, en el movimiento incesante de un pensamiento que confía más en la búsqueda que en sus “hallazgos”.

Tampoco se fascinó con el chuf-chuf de Saadi - Carnot. Ni con las conversaciones de escritores. Ni con las incursiones en el género chico. Ninguna ambición por fundar la esperanza. Nada de andar por los escenarios. (...) Todos van y vienen y nadie se olvida de él. Es lógico. Uno que logró escapar en “el crisol de la metáfora”. Uno que no se hizo escritor para gozar sino por mandato, por interés. Y no parece que entre sus intereses estuviera el de rendir cuentas al género humano (1998: 166)

De un lado y de otro la escritura de Murena se escurre a las interpretaciones sencillas. Cualquier intento de apropiación o cita descontextualizada o mal cortada puede hacer que el lector pise en falso y atribuya a la obra significaciones erróneas. O probablemente sea parte del proyecto de Murena la apertura del lenguaje para que el mundo aparezca con toda su complejidad a una razón consciente de sus limitaciones.

4- LA CONTRADICCIÓN FUNDANTE

Existen diferentes ejes que permiten una lectura de la obra de Murena en conjunto. En realidad, como señalamos anteriormente, resulta difícil encontrar un modelo descriptivo para el recorrido que forman sus distintos textos. El movimiento pendular entre “no ser lo que debía o podía” (la crítica de sus detractores) y “no querer ser un pensamiento cristalizado” (la valoración de los que lo admiran) forman el par de parámetros que sirve para comprender qué preocupaciones alientan su escritura. Murena escribe para entender y al mismo tiempo somete a prueba los resultados de esas indagaciones. Se desplaza, se contradice, se abisma en la paradoja de su propio razonamiento como un modo de proceder casi sistemático¹². Desde sus textos Murena fascina y genera desconfianza, obliga a tomar posición y a pensar. Su palabra tiende a impugnarse a sí misma,

¹² La contradicción como principio de pensamiento puede pensarse también en algunos títulos de sus obras, en los que, desde una perspectiva semántica, presenta el oximoron como la figura dominante: *Relámpago de la duración*; *Secreto claro*; *Demonio de la armonía*; *Cárcel de la mente*

poniendo a prueba sus propias posibilidades de afirmación. ¿Cómo pensar un razonamiento que de esta forma bordea la locura? ¿Cómo seguir la lógica de alguien que manifiesta la voluntad de abismarse en la búsqueda de su propia contradicción? Pensamos que recorrer la obra *in extenso*, rastreando todos los aspectos en los que la contradicción aflora, es un trabajo desmesurado y que no reeditaría en proporción. El volumen de publicación que presenta permite la sensación de que escribe mucho, casi incesantemente, construyendo una obra en la que el pensar se manifiesta en múltiples inflexiones y la lengua se torsiona y se pone a prueba a sí misma constantemente. La palabra y el silencio se tensan en un gesto polémico y provocador. En la perspectiva y la actitud con que interpela los fenómenos, la frecuencia de publicación, los temas que plantea o las formas estéticas que construye, Murena alterna la intensidad y la interrupción, la persistencia y el abandono en diferentes grados. Crea un efecto de falta de completud que desafía, y hasta irrita, la paciencia de un lector que busque una afirmación que lo tranquilice respecto de la magnitud y complejidad de un mundo que desconoce y lo desborda. Américo Cristófalo advierte: “[su ensayo] su obra poética y los dos ciclos de novelas dejan suficiente testimonio de que el pensar literario, que toma a su cargo un *no saber*, una ignorancia, transfiere a la esfera política un modo de acción que, como Sastre le imputa a Baudelaire, se traduce en *culpabilidad* de escribir.”(1999:110 - 111)

La afirmación de que escribe para conocer sabiendo que la verdad es inalcanzable e irrenunciable a la vez, la idea de que esa búsqueda se traduce en una actividad incesante y culposa no es azarosa: Murena introduce sus series y libros de ensayos con este imperativo como premisa. Pensamos, por ejemplo, la serie “Los penúltimos días”, un diario que publica en *Sur* entre mayo de 1949 y abril de 1950, en el que revisa críticamente un fenómeno cultural por día: una película, el anuncio de la publicación de un libro, un libro que eventualmente cae en sus manos, un hecho económico, una noticia política, el paisaje urbano, un estado de ánimo, un personaje político. Cada anotación diaria es un polémico micro-ensayo el que se comprime al máximo, casi hasta la elisión, el desarrollo argumentativo. La primera anotación, sin embargo, presenta su proyecto en estos términos:

“ABRIL 4.- Todo verdadero diario se escribe con decisión de criminal y con íntima voluntad de santo. Es una repetición de los propios asesinatos no exenta de soberbia, pero disparada - misteriosamente - hacia la humildad y la perfección. Escribirlos es la valentía de afrontarlos y aceptarlos como culpa; interpretarlos significa esforzarse por hacer desaparecer la fuente de la culpa. Intento una experiencia que puede resultar provechosa: aplicar este espíritu a la consideración de los acontecimientos públicos más que a los privados con la convicción de que todos somos igualmente responsables por todo lo que ocurre. La duda: respecto al grado en que ello podrá resultar tolerable para los partidistas de cualquier orden, para los que creen que la verdad está sólo en alguna de las facciones de la vida” (MURENA: 1949)

La idea de superponer hasta un límite difuso posiciones y perspectivas encontradas sin tomar partido es la mayor provocación y su propia condena: el lenguaje se silencia en el infinito en que busca encontrar simultáneamente la *humildad* y la *perfección*. El tono de las afirmaciones sin matices y, a la vez, sin posición definida, es una de las observaciones que se le hacen a este diario¹³, y el mismo Murena se encarga de dejar sentado que precisamente de eso se trata en su búsqueda: sortear las limitaciones de los enunciados definitivos, de las posiciones inamovibles. A propósito de “Los penúltimos días”, Murena recibe numerosas críticas por su falta de adscripción a alguna de las perspectivas ideológicas y los posicionamientos políticos, por ese permanente estado de contradicción. Pero sucede que para Murena, la voluntad de someter la propia palabra a la confrontación con una afirmación antitética en el desarrollo de un mismo razonamiento es una exigencia del pensar. Tempranamente anticipa en la “Advertencia” preliminar de *El pecado original de América* su singular concepción de escritura:

¹³ “Me he dicho: -¿Existirá Murena? ¿No será un espíritu bienamado de los dioses que llega hasta nosotros con mensajes de hechicería? Releo sus trabajos y, realmente, lo vuelvo a encontrar. Si la dirección de SUR suele ser generosa con sus colaboradores, no lo es al publicar las notas de este muchacho que escribe bien y pretende pensar. ¿De dónde se me ocurre a mí el dudar de su existencia y el vincularlo a las esferas de la divinidad? Sé que, por razones de oficio, vive cerca del éter. (Y no busque metáfora ningún malintencionado)” Saglio, Nelly, “Para H. A. Murena en cualquiera de sus días” *SUR*, N° 181, Noviembre de 1949.

Bastante voluntad de sistema tiene de por sí cada ensayo, para que pensara en aumentarla mediante una nueva sistematización. En sus versiones originales, la discrepancia de cada uno con los demás servirá para que al cabo el lector descubra los granos de duda cuya ausencia en una obra humana significa locura o tontería y que yo, peregrinamente, preferí expresar en un tono axiomático y mediante el ejercicio de contradicción conmigo mismo (1965: 20)

Acceder a una iluminación hurgando los granos de locura o tontería, exacerbar la desconfianza en la razón ahondando la contradicción propia para encontrar un atisbo de verdad que vaya más allá de las simplificaciones urgentes, cobardes o pragmáticas. Murena pretende, en los ensayos que forman ese libro, ahondar en una preocupación recurrente en la tradición ensayística de América Latina: qué es el *ser* americano. La segunda edición, diez años posterior, enuncia las bases de esta búsqueda en los siguientes términos: “América es una presencia en mí en la medida que soy americano, pero acaso aun más en la medida en que no lo soy” (1965: 9)

Ser y no ser, buscar incansablemente sabiendo que desentrañar el misterio sería insoportable. Y tales causas metafísicas, por denominarlas así en la forma más precisa, tenían tanta vigencia en los restantes países como la tenían en el mío. La principal de esas causas metafísicas -tras la cual, como lo insinuaba claramente el título de este libro, yace un misterio, o sea una pulsación religiosa- consiste en que en todos los pueblos americanos se ha producido una fractura histórica sin precedentes, una fractura a partir de la cual la historia en el sentido tradicional de continuidad - no de mera sucesión de hechos - parece no haber recommenzado más. (1965: 14)

Murena piensa la actividad intelectual como la búsqueda de la relación primordial con la divinidad, pero después de haber abjurado de las facilidades de la fe. La pretensión de encontrar el absoluto vía el ejercicio de un intelecto que no está en condiciones de hacerlo, porque es en sí limitado, arraiga en una concepción semi-religiosa del conocimiento. Es decir, no una intelección pura, sino una búsqueda intelectual que conduzca a la revelación de la divinidad en ese mundo interpelado. En su libro *Homo Atomicus* Murena plantea esta idea de la *religación con Dios*:

Ante el futuro en bruto en el cual Dios se anuncia por medio de su desaparición - desaparición que es justamente índice de que las ideas y los ideales, al perder su savia religiosa, ya no aprehenden la real realidad, ya no religan a Dios: han caducado - ¿qué puede el pensar? Ante un cielo cuya tormenta es esencialmente religiosa ¿qué puede el filósofo? En el interregno la misión del filósofo - como lo anunció Nietzsche y como lo practica Heidegger - radica en la “limpieza de su instrumento”, en arrancar la escoria que embota la afilada hoja de la palabra: sólo cuando en el corazón central de la humanidad se haya alumbrado una nueva *Gottanschauung* - que es el menester hoy impostergable y, a la vez, el menester imposible para el filósofo - podrá la filosofía, sobre ese fundamento, elaborar sus *Weltanschauungen*. Entretanto el papel del pensar debe ser cumplido por el profetizar: “El que habla en lenguas a sí mismo se edifica; mas el que profetiza edifica a la comunidad”. El impulso profético nace cuando la alianza entre Dios y los hombres se rompe, cuando Dios se aleja y es preciso llamarlo a grandes voces (1961: 266 - 267)

Esa búsqueda en la que la tensión entre la razón y la trascendencia religiosa se traduce en un modo de proceder con el lenguaje y con el pensamiento, se presenta como deliberado en el prólogo de *Homo Atomicus*: “*Tal método asistemático, por así llamarlo, fue empleado deliberadamente. El autor consideró que de esa suerte subrayaba la circunstancia de que cuando una época toca a su fin las tentativas por presentar una imagen del mundo sistemática carecen de legitimidad.*” (1961: 11)

Murena recurre a una advertencia que parece una astucia retórica: llevado hasta el límite, el procedimiento dialéctico que propone se debilita en su capacidad de afirmación. Sin embargo, la vulnerabilidad que denuncia en sus ensayos desafía y provoca a los lectores. Como los falsos sastres del cuento “El rey desnudo”, recurre a la sutileza de poner al lector en el compromiso de aguzar el ojo para discernir entre el error del escritor y su propia falta de inteligencia para comprenderlo. De este modo, advierte:

Este temperamento es además responsable de algunos de los defectos que el lector hallará sin tardanza en el libro: repeticiones, contradicciones aparentes entre lo que se dice en una página y otra respecto al mismo asunto, etc. El autor ofrece a las críticas un blanco fácil y lo sabe. No obstante, ha dejado que así fuese. Tiene la esperanza de que sus hipótesis - aunque cuestionables en los detalles - encierren en el fondo un adarme de alguna indiscutible verdad. Y, como autor, está persuadido de que la misión de los autores, más que la de tiranos que dentro del espacio impreso que ocupan procuran hipnotizar y maniatar al lector, debe consistir en provocar a este a costa de disensiones. Por lo menos, lectores capaces de disentir sin los únicos busca el autor de este libro (1962; 12)

El principio de provocación se superpone con la voluntad de indagación hasta el final, esto es, hasta el encuentro con la certeza de que, en el límite de una verdad, la palabra se silencia, se vuelve impotente o insignificante, o en el peor de los casos, se pone al servicio de las fuerzas que de ningún modo pretenden que exista una iluminación redentora. Si la verdad es insoportable e irreductible al lenguaje, la función del intelectual (del *hombre de letras* dice Murena) es subvertir, y esa subversión solo será posible mientras sea absoluta, aunque él mismo resulte afectado por lo que supone una apuesta tan fuerte. En *Ensayos sobre subversión* la posición es aún más definida. En el prólogo de este libro manifiesta esta singular concepción de resistencia, situada en el espíritu, ajena a cualquier pragmatismo inmediato, que pone en juego en el singular modo de proceder en la escritura. La cultura como tarea de una dialéctica subversiva del espíritu es concebida como el espacio de resistencia a una concepción de poder que se manifiesta en una existencia colectiva deshumanizada, mecánica, inercial: “¿Resulta necesario hacer notar que el hombre de letras no es más que la conciencia expresiva del hombre común y que la cultura por la cual lucha constituye la posibilidad de una mediación entre los hombres que afirme esa distancia - hoy coagulada o suprimida - que permite las aproximaciones, los contactos, una vida no animal, no mecánica, sino humana?” (1962: 10)

Murena escribe renunciando. Renuncia a las garantías lógicas y discursivas de su propia escritura, socava la solidez de sus propias afirmaciones. Desconfía y se priva del reposo en una filiación clara. Se preocupa de no establecer una convergencia demasiado evidente con una sola línea de pensamiento o estilo. Se retira de la protección que da el reconocimiento por afinidad con una práctica escrituraria más o menos difundida, prestigiosa, soportable. La retirada al desierto de la incomprendibilidad es menos simbólica, menos discursiva e inmaterial de lo que parece y está sostenida en una convicción ciega, una fe en las capacidades de una palabra que saque a la luz las contradicciones del ser humano que una razón autolegitimada y compartimentada no consigue elucidar. Esa función del hombre de letras es una profesión de fe que *debe* ser llevada al extremo para tener razón de ser, y esa razón de ser es la subversión permanente y dinámica del espíritu:

La **profesión de fe** de un hombre de letras sería acaso el título en realidad para las páginas que siguen. Y si se aclarase que ese hombre formula tal profesión **in extremis**, resultaría más exacto (1962: 9)

La subversión que constituye el tema común de estas páginas es el movimiento natural del espíritu en cumplimiento de su vida. **Pues la esencia de la vida espiritual o humana es subversiva, revolucionaria: su religiosidad consiste en acceder sin cesar a barrer con lo muerto, a morir, para dar paso a lo vivo para renacer.** La toma de conciencia y la ejecución de la dialéctica subversiva el espíritu forman la tarea específica del hombre de letras, la cultura. (1962: 10)

De esa manera propone que esas debilidades que anuncia, esas contradicciones que ejercita deliberadamente, esos puntos sin salida, fácilmente falsables que superpone a sus preguntas más lúcidas o sus observaciones más agudas, le permiten sustraerse a la posibilidad de servir a las fuerzas y poderes cuyo ejercicio de dominación contribuyen a esa existencia mecanizada e inhumana que rechaza:

Pues la amenaza que los poderes dominantes alzan hoy contra el hombre de letras es la exigencia de una metamorfosis que significa extinción. Esos poderes no son ya sólo aquellos visibles y tradicionales que se corporizan en estados, iglesias, partidos políticos, asociaciones, sino principalmente el impulso letal que circula de célula a célula en cada comunidad, las erráticas, mutables y, sin embargo, férreas presiones del estilo de existencia general. (1962: 9)

¿Es posible establecer un recorte pertinente a partir de este conjunto de escritos preliminares a los primeros libros de ensayos de Murena? ¿Resulta productivo detenerse en los anuncios, en los anuncios del proyecto antes de la realización concreta? ¿Vale la pena mirar por el ojo de la cerradura de una obra voluminosa, que se despliega en múltiples formas, géneros y espacios de intervención? En realidad, en términos de ensayos, Murena se dedica, durante los diez años posteriores a *Ensayos sobre subversión*, a reeditar los publicados en el período que revisamos. Lo hace agregando prólogos nuevos¹⁴, intercala alguno aún no publicado, mientras madura los ensayos de *La metáfora y lo sagrado* (ensayos en los que la interpelación de los aspectos que lo inquietaban en la primera parte de su obra parece más lejana). Publica, es cierto, algunos ensayos sueltos, en revistas diversas, pero el grueso de su producción en ese período pasa por las novelas y poesías, la colaboración en revistas y el trabajo en la importación y traducción de obras importantes a través de la editorial de *Sur*. Sin embargo, pensamos que el conjunto de introducciones y prólogos funciona a manera de programa de escritura, si es posible darle ese nombre a esa voluntad de esquivar cualquier sistema, cualquier lógica excluyente, cualquier filiación defendible. Creemos que leer la obra de Murena fuera de este conjunto de creencias cercena un conjunto de presupuestos que determinan la lógica de sus recorridos. Al mismo tiempo, un intento de posicionarse dentro de ella multiplica por miles las posibilidades de errores y malentendidos, de adscripciones a lo que no pensamos y de contradicciones en lo que estamos convencidos. Discutible, endeble, *irritante*: la escritura de Murena parece predecir a sus lectores y en ese sentido la voluntad de fracaso invita a leerse como un objetivo cumplido, el ejercicio de contradicción como una dialéctica extrema. Leerlo supone la difícil tarea de mantenerlo en la dialéctica de la fascinación y el rechazo, habiendo renunciado a la esperanza de conciliación y a la resignación de la indiferencia.

¹⁴ Mientras escribimos caemos en la cuenta de que la actividad más fuerte en la publicación de libros de ensayos de Murena entre 1962 y 1973 consiste en prologar y reeditar ensayos.

BIBLIOGRAFIA

- Murena. H.A., “Los penúltimos días” *Sur* N° 175, mayo de 1949.
El pecado original de América Latina. Buenos Aires, Sudamericana, 1965 (2° Ed.)
Homo Atomicus. Buenos Aires, Sur, 1961.
Ensayos sobre subversión. Buenos Aires, Sur, 1962.
- Cristófalo, Américo, “Murena, un crítico en soledad” en JITRIK, Noé (dir.), *Historia Crítica de la Literatura Argentina. Vol X. La irrupción de la crítica*, Buenos Aires, Emecé, 1999
- Portantiero, Juan carlos, “La joven generación literaria” en *Cuadernos de cultura*, Buenos Aires, N° 29, mayo de 1957, pp. 27-44.
- Savino, Hugo, “Murena. La palabra injusta” en *Innombrable*, N° 1, 1985 (nuestra referencia es de la edición de Murena, H. A.; *Filosofía*, Buenos Aires, Eudeba, 1998).